

PLAZA PUBLICA

Miguel Angel Granados Chapa

Nuevos partidos Demócrata, del Trabajo

Ayer domingo se efectuó la asamblea constitutiva del Partido del Trabajo. Una semana antes ocurrió lo mismo con el Demócrata Mexicano. Ambos participaron en las elecciones federales de 1992, y al no alcanzar el porcentaje fijado por la ley para prevalecer —uno y medio por ciento de la votación nacional efectiva— quedaron fuera de la contienda electoral nacional. Ahora se han propuesto recobrarlo, mediante la vía del registro definitivo. ■ 4

Desde la ley de 1977, la legislación electoral permite que los partidos lo sean con estricta formalidad por medio de dos mecanismos: el registro condicionado al resultado de las elecciones, y el definitivo, en cuyo caso se reclama mostrar la afiliación de al menos 75 mil miembros distribuidos de tal suerte que se refleje una verdadera implantación nacional.

El Partido del Trabajo es una presencia novedosa en la política nacional. Su pie fundador son agrupaciones de colonos, tanto en Durango como en Monterrey, que por largo tiempo se mostraron ajenas y aun hostiles a la participación electoral. A mediados de 1990, sin embargo, mudaron de parecer (aunque ya en 1988 dirigentes suyos alcanzaron curules federales, mediante alianzas con partidos registrados) y resolvieron organizar su propio partido, de alcance nacional, con la adhesión de otros grupos de militantes de causas sociales en diversos luga-

res del país. Solicitaron registro provisional, que les fue concedido en enero del año pasado, y presentaron un amplio número de candidaturas. No alcanzaron el porcentaje requerido, aunque ratificaron su presencia en sus puntos de origen, en Durango, particularmente. En los comicios del dos de agosto pasado, actuando con registro local, el PT se consolidó como la tercera fuerza política en el estado, y su candidato Gonzalo Yáñez ganó la alcaldía de la capital. Ese éxito ha sido atribuido no sólo al influjo real que el partido ejerce en esa entidad, sino a la buena relación que existe entre algunos de sus dirigentes —especialmente Alberto Anaya, ex diputado federal y líder del movimiento Tierra y Libertad, de Monterrey— con el presidente de la República. Se ha llegado a formular una denominación bromista que enuncia la línea ideológica a cuyo conjuro se formaron los agrupamientos iniciales del PT y el vínculo que se le atribuye con el Ejecutivo federal. Se dice que

es un partido *maoísta-salinista*.

El PDM, por su parte, encarna un conmevedor esfuerzo democrático, cuya perseverancia se explica por su origen social: sectores medios y pobres del catolicismo, impregnados por una conciencia apostólica de la vida. Surgido de la tendencia participacionista del sinarquismo, varias veces esta tendencia política ha tenido registro y lo ha perdido por las buenas o las malas. Fuerza Popular, su primera denominación, lo perdió a la mala (pues se atribuyó a militantes suyos haber encapuchado la estatua de Juárez en el hemiciclo, en 1949). Luego, sus efectivos ingresaron al Partido Nacionalista de México, y éste perdió en 1964 la patente que se le había regalado. Muchos años más tarde, en 1976, la UNS alentó la fundación del Partido Demócrata Mexicano, que llenó los requisitos y sin embargo no obtuvo registro. Lo recibió, en cambio, de manera provisional en 1979, y lo retuvo en cuatro elecciones, hasta la presidencial de 1988. Por la vía de comprobar

su militancia, la misma que intenta una vez más, ganó de nuevo su derecho a participar en las elecciones. Las federales del año pasado le fueron adversas, perdió el registro y ahora va de nuevo por él. Aunque en la política cuenten más los resultados que los esfuerzos, los realizados a lo largo de medio siglo por el sinarquismo electoral merecen verse de nuevo coronados por la consecución de una meta que se le ha mostrado huidiza.

La posición ideológica del PDM no fue suficientemente valorada por los votantes en la contienda del año pasado, o los católicos no conocieron a tiempo las orientaciones del Papa en esa materia, o se han secularizado al punto de pasarlas por alto. Pero frente al neoliberalismo (que en la gama electoral mexicana tiene dos significativas presencias, en el PRI y en el PAN), el sinarquismo electoral ofrece adhesión al socialcristianismo, que proclama la economía de mercado, pero atemperada por mecanismos que no laceren la condición humana de las personas.